

TRADUCCIÓN

DOS CUENTOS SWAHILI PARA NIÑOS

Traducción del swahili:
JOSÉ ARTURO SAAVEDRA CASCO

COMO BIEN SEÑALA JAN KNAPPERT, destacado estudioso de la literatura swahili, el destino es el tema principal de las historias acuñadas en esta sociedad de las costas de África oriental. Esta característica es evidente, tanto en los textos clásicos asociados a temas religiosos islámicos, como en la narrativa que aborda temas épicos, cotidianos y fantásticos.

Los primeros, conservados en escritura árabe, mantuvieron una gran elegancia debido a su composición poética. En ellos el destino es la muestra más tangible de la voluntad de Dios, además de que invitan a la reflexión y al recogimiento; por otro lado, la narrativa swahili es hija directa de la tradición oral, común a todos los pueblos africanos. En ella la imaginación profana da rienda suelta a mil situaciones en las que seres humanos, animales y seres fantásticos participan indistintamente en la construcción de la historia, a pesar de que el destino de un modo u otro es el que dirige los pasos de todos ellos. La narrativa en lengua swahili con escritura latina se inició en las dos últimas décadas del siglo XIX, a partir de las recopilaciones hechas por misioneros alemanes e ingleses; posteriormente las primeras generaciones de africanos parlantes de swahili, educados en la tradición occidental, continuaron con la tarea de preservar cientos de cuentos cortos y leyendas cuyos orígenes se remontaban a historias transmitidas oralmente desde tiempos antiguos. Durante el periodo colonial británico, tanto en Kenia como en Tangañica, territorio continental de la actual Tanzania, surgieron grandes escritores que se nutrieron de aquellas historias contadas desde antaño en

tertulias y en reuniones familiares, en las plazas y en los grandes festejos públicos. Numerosos autores escribieron hermosos cuentos en donde palacios encantados, espíritus y genios sobrevivieron a la nueva sociedad colonial, con lo que se mantuvo la herencia literaria árabe, persa e hindi que amalgama en gran medida la cosmovisión swahili. Los cuentos cortos para niños también se basan en las tradiciones orales y gozan de la influencia multicultural que caracteriza a la cultura swahili, africana y a la vez oriental.

David E. Diva, autor de los cuentos que aquí se presentan, es uno de tantos escritores que, en la década de los cincuenta, se dedicaron a la escritura de cuentos, basados en la narrativa oral, que serían utilizados en las escuelas de educación elemental. Al adaptar, en una primera etapa, cuentos occidentales a contextos africanos, Diva se dedicó de manera preferente a rescatar historias relacionadas con la mentalidad swahili: Dios, el destino inevitable, el premio y el castigo como resultado de las acciones de los protagonistas. En mi opinión, en estos cuentos se integran el sabor y el ambiente de la sociedad swahili, que es islámica y africana al mismo tiempo. En el primer cuento, *El hijo del sultán, los ratones y el anillo*, la aparente torpeza inicial del protagonista está relacionada con un destino venturoso en el que la amistad y la lealtad son valores que vencen los obstáculos que se interponen a un final dichoso. A pesar de que en algunos rasgos contenidos en el cuento la cultura occidental se asoma de improviso —el autor menciona los chelines, moneda colonial inglesa en África oriental— la atmósfera oriental es dominante sobre todo en el elemento fantástico de la narración. A su vez, la descripción de escenarios —como la ubicación del reino surgido de la maleza— evocan la geografía africana y las ciudades swahili como Gede y Takwa. En la segunda historia, *Ratón con ratón*, la naturaleza original de la hija del ermitaño terminará por imponerse mediante las crecientes exigencias de la chica acerca de sus pretendientes. Así se cierra un círculo iniciado con un hechizo, el cual desvía por un tiempo pero no cambia el destino final de los protagonistas. La sencillez de los argumentos de la muchacha va conduciéndola a su verdadera esencia. A pesar de sus atribuciones, los elementos de la naturaleza no

pueden evitar que al igual que los hombres nadie pueda cambiar los acontecimientos predeterminados por el creador del Universo. El lenguaje de los cuentos, claro y directo, es un vehículo para que el público infantil, que es el destinatario original de los mismos, reciba las enseñanzas propias de una cultura en la que el principio islámico de la omnipresencia de Dios sigue presente a pesar de la aparente ingenuidad que reviste. Por añadidura, también se retratan las costumbres relacionadas con el matrimonio y los conocimientos que una chica en época de contraer nupcias debe tener. Como toda producción literaria, estos cuentos reflejan el mundo del que provienen y son, por lo tanto, documentos que rebasan la esfera del entretenimiento pues nos aproximan a sociedades y realidades a las que de otro modo sería difícil que pudiéramos acercarnos.

El hijo del sultán, los ratones y el anillo

Hace mucho tiempo vivió el hijo de un sultán. Al morir su padre, su madre quedó en la miseria. El tío del muchacho era muy cruel y no lo ayudaba en absoluto. Un buen día su madre le dio dinero y le dijo: —Hijo mío, no tienes más alternativa que utilizar juiciosamente el dinero para que consigas alimentos. Así pues, el hijo del sultán tomó el dinero. Poco después encontró a un hombre que traía consigo un costal en el que se encontraban unos gatitos. Al chico le encantaron los gatitos y le dijo al hombre: —Por favor señor, véndame uno de esos hermosos gatitos. El hombre respondió: —Me temo que su precio es demasiado alto. El muchacho inquirió: —¿Como cuánto cuesta uno? El señor a su vez preguntó: —¿Cuánto dinero tienes? El hijo del sultán le mostró cien chelines. Entonces el hombre exclamó: —¡No importa!, dame esos cien chelines. El chico le dio el dinero y se llevó uno de los gatitos.

Cuando el joven regresó, su madre le dijo: —¡Madre mía! ¡No existe en todo el mundo un muchacho tan tonto como tú! ¡Mira nada más! Con todo el dinero que te di lo único que se te ocurre hacer es comprar un gato que no sirve para nada. Dicho lo cual la madre lo abandonó y se fue a vivir, por un

tiempo, con sus padres. El hijo del sultán quedó en una situación deplorable, y todos los días andaba de aquí para allá pidiendo comida a la gente que al compadecerse de su suerte finalmente les daba alimento tanto al muchacho como al gatito.

Más tarde, ya que la madre había regresado a casa, volvió a dar a su hijo otros cien chelines, al tiempo que le decía: —En esta ocasión, no seas tan tonto y no cometas el error de la primera vez. Utiliza este dinero sabiamente. ¡No eres un estúpido!

El chico dio un paseo por la calle y de repente vio a un encantador de serpientes, quien tenía dos sacos en los que había serpientes. Una de ellas era nada menos que hija de Adishesha, el rey de las serpientes.

El hijo del sultán preguntó al encantador de serpientes: —¿Qué hay dentro de tus sacos, a lo que el hombre respondió: —Tengo hermosas serpientes. Sin pensarlo más el chico le dijo: —Por favor, véndeme una de esas serpientes por el precio de cien chelines. El hombre se alegró mucho al escuchar que ganaría tal cantidad por una sola serpiente, por lo que habiendo recibido el dinero el encantador le dio precisamente a la hija del rey de las serpientes. El chamaco regresó con su madre y le explicó de qué manera había utilizado el dinero otorgado por segunda ocasión, siendo ahora la adquisición una serpiente. Enfurecida, la madre se marchó de nueva cuenta a casa de sus padres, y lo abandonó por muchos años.

El hijo del sultán deambuló de nueva cuenta pidiendo comida a la gente. Además del gatito, ahora la serpiente también lo acompañaba. Cuando por fin se reencontró con su madre, ella le dijo: —¡No quiero ver más a esa serpiente! El chico no quería contrariar la orden de su madre así que llevó la serpiente a la maleza más cercana, donde le dijo: —Querida amiga mía: tú y yo hemos sido amigos y nos hemos estimado durante doce años. Pero mi madre dice que no hay más alternativa que separarnos. Así que ¡Adiós amiga! El hijo del sultán inició su marcha después de decir estas palabras. Pero la serpiente, que lo estaba observando, de pronto lanzó un grito con voz humana: —¡Hey, hijo del sultán! Tú que me has favorecido tanto, ¡no me abandones aún!, ¡quédate un poco más conmigo! Regresaré en poco tiempo con Adishesha, mi padre, y le

contaré todo el bien que me hiciste. Sin duda se alegrará al escuchar todo lo que le diré sobre ti, y con seguridad él querrá que vayas con él. Si llegas allí te organizará una gran recepción. También te dirá que le pidas un regalo. Si te dice que elijas lo que quieras pídele el anillo que trae consigo. Este anillo tiene el poder de hacer mil cosas maravillosas. Si lo obtienes, tráelo siempre contigo, y te dará cualquier cosa que tú quieras.

Entonces, la serpiente marchó rumbo a la casa de su padre y le pidió al hijo del sultán que la acompañase. El hijo del sultán llegó con la serpiente al hogar de ésta y allí se encontró con Adishesha, quien se alegró mucho cuando vio al muchacho, y le dijo: —Joven, quiero darte un presente, ¿qué cosa te gustaría?— Entonces el muchacho, siguiendo el consejo que la serpiente le había dado, le pidió el anillo, mismo que le fue dado sin más. Sin embargo, Adishesha le dijo: —Muchacho, este anillo es muy costoso y su valor es incalculable. Por esto, sin excepción debes cuidarlo mucho y no permitas que otra persona lo tome. Si lo pierdes, perderás también todo lo que te haya concedido anteriormente.

En su camino de regreso, el hijo del sultán llegó a una extensa jungla. Allí se encomendó a Dios y solicitó lo siguiente: “Deseo que esta maleza desaparezca y con ella todo lo que hay en su interior. Pido además que aquellos que alguna vez me socorrieron en mis épocas de pobreza sean desde ahora mis súbditos. Que justo en este lugar se construyan hermosas casas y que en ellas vivan mis súbditos en medio de una enorme dicha. Que caudalosos ríos corran cerca de aquí con el mismo ímpetu durante todo el año. Deseo también que mi madre y mi gato vengan a vivir conmigo, y que se construya un enorme palacio para que desde allí yo gobierne como sultán y que desde este momento este reino sea guiado por Dios, el más grande y misericordioso.

Súbitamente sucedió algo maravilloso, cuando terminó de decir todo esto la jungla desapareció, todos sus amigos y vecinos, junto con la madre y el gato, llegaron allí. También apareció un enorme palacio con ánforas llenas de agua de río. A partir de ese momento, el hijo del sultán gobernó el lugar. Y así vivió dichoso por muchos años.

Finalmente, un buen día el hijo del sultán quiso casarse con una hermosa princesa, hija de un gobernante que según se sabía habitaba en una ciudad llamada Swapuri, ubicada no muy lejos del lugar donde vivía el hijo del sultán. Así pues, envió mensajeros a aquel gobernante, y tiempo después se iniciaron los preparativos de la boda, misma que tuvo lugar y todo salió de maravilla.

Era costumbre de la princesa bañarse en el río todos los días. En una ocasión, después del baño acostumbrado, algunos cabellos suyos quedaron sueltos, formando un montón que quedó en el suelo; entonces pasaba por allí el sultán de Kocheni un lejano país, quien vio ese montón de cabellos, lo recogió y después de mirarlo detenidamente, exclamó: —Este cabello es muy hermoso. Sin duda alguna su dueña debe ser una mujer muy bella. ¡Deseo que sea mi mujer! A cualquiera que la traiga a mi lado, le daré muchas riquezas y vivirá prósperamente hasta el final de sus días. Una anciana que pasaba por ahí lo escuchó y quiso ayudarlo y así beneficiarse de la recompensa prometida. Se quedó allí e hizo una fogata, junto a la que comenzó a llorar amargamente como si tuviera una enorme pena. La princesa fue a bañarse al río según su costumbre, y al escuchar el llanto de la anciana sintió mucha pena por ella; la anciana le contó una triste historia: —Mi hija murió de repente y ahora estoy sola; no hay nadie que me cuide y por esto estoy tan triste. La princesa se apiadó de ella y con el consentimiento de su marido la llevó a vivir con ellos. La anciana se ganó el afecto de la princesa y se esmeraba en ayudarle en las labores cotidianas.

Un día la anciana tuvo antojo de comer un mango. No era posible conseguir siquiera uno, pues no era temporada de estas frutas. Entonces el hijo del sultán le dijo: —Conseguiré un mango para ti. En ese momento le solicitó a su anillo: “anillo mágico, dame un mango”. Inmediatamente apareció un mango. La anciana quedó muy sorprendida al ver todo esto y dijo para sus adentros: “¡Ese anillo es maravilloso! Si lo consigo podré tener todo lo que quiera. Así podré ayudar al sultán de Kocheni a que consiga a la princesa.”

Desde entonces la anciana trató por todos los medios de obtener el anillo, pero fue en vano. Hasta que al fin pudo idear

una estrategia. Fingió estar muy enferma, y dijo que nada podía aliviarla. Así pues le dijo a la princesa: —Consigue el anillo de tu esposo. Ese anillo puede hacer cualquier cosa, incluso quitarme el dolor de cabeza que tengo. Por favor, deja que me lo ponga por sólo unos minutos y mi dolor de cabeza desaparecerá. A la princesa no se le ocurría nada para poder conseguir el anillo porque su marido lo guardaba dentro de una caja cerrada con candado, y siempre llevaba consigo la llave. Sin embargo, un día la princesa pidió a su esposo abiertamente que le dejara tener el anillo por un rato y éste ingenuamente aceptó dárselo. A su vez, la inocente princesa se lo dio a la anciana, quien al instante que lo tuvo huyó de allí montada en una nube sin que nadie supiera su paradero.

La princesa se quedó muy triste y pensó: “¡Esa anciana desapareció llevándose el anillo consigo!” Mientras tanto, la malvada anciana llegó al país de Kocheni, e inmediatamente se presentó ante el sultán y le mostró el anillo diciéndole: —¡Pónte este anillo en el dedo y piensa en esa hermosa princesa! El sultán de Kocheni hizo todo tal como le fue indicado y la princesa apareció ante él. Aquel sultán exclamó: —¡Hey, hermosa dama! Deseo que seas mi mujer y que vivas conmigo desde ahora. Sin decir más, la princesa aceptó.

Mientras tanto, nuestro héroe tenía una profunda pena a causa de lo que le había acontecido. Había perdido el anillo y a su mujer. Sólo le quedaba el gato, ya que como en su momento le había advertido Adishesha, junto con el anillo perdió todo lo que éste le había concedido, su reino y sus riquezas, y volvió así a su estado de mendicidad.

El gato lo siguió a todos lados y entonces el destino los condujo a la ciudad de Kocheni. En aquella época, la que fuera su mujer se dedicaba a dar alimento y socorro a los pobres, y nuestro personaje pudo tomar sin ser visto un poco de esa comida, después de lo cual cayó presa de un profundo sueño. Su gato, que siempre le había sido leal, permanecía a su lado. En ese momento aparecieron muchos ratones que rápidamente robaron las sobras de comida esparcidas en los alrededores. Entre ellos había una rata de gran tamaño, quien a todas luces era la líder. El gato la observó y, con la velocidad del rayo, se fue sobre ella y la atrapó. Le dijo: —¡Te he atrapado! ahora te

mataré y te comeré, a lo que la rata replicó: —¡Por piedad no mates a éste tu servidor! Si respetas mi vida te ayudaré en lo que quieras. El gato contestó: —¡Hey, rata, tú que eres rey de los roedores! Quiero que sólo hagas una cosa y así podrás seguir con vida—. La rata inquirió: —¿Que cosa? Dime, quizá pueda llevarla a cabo—. El gato ordenó: —¡Escucha con atención! mi amo está profundamente dormido, él es un buen hombre pero por su buena fe ahora pasa por un mal momento. Perdió su anillo mágico y con él todas sus posesiones. Ayúdame a recuperar el anillo y salvarás tu vida. Si no lo haces te mataré sin misericordia—. La rata en principio no sabía qué hacer, sin embargo, dijo al gato: —Gato bondadoso, me esforzaré en pensar cómo recuperar este anillo. Por lo pronto, tengo a mi disposición un ejército de ratones. Les pediré que busquen en todas direcciones hasta que encuentren el anillo.

Inmediatamente los ratones comenzaron a buscar por todos lados, inspeccionando en especial las cajas que había en el palacio del sultán de Kocheni. Finalmente entraron a una habitación en donde este sultán se encontraba dormido como un tronco. Junto a él había un alhajero y en su interior hallaron el codiciado anillo. Lo tomaron y se lo llevaron al gato, que se alegró enormemente al verlo. Despertó a su amo y se lo mostró. Acto seguido, dejó en libertad a la rata y ésta se marchó en paz. El hijo del sultán se puso el anillo e inmediatamente recuperó todo lo que había perdido. Su enorme palacio, junto con todas las casas de su reino aparecieron de nuevo. Pero sobre todo, lo que más alegría le dio fue ver a su hermosa princesa de regreso a su lado. De este modo, el hijo del sultán pudo recobrar todo lo que había perdido, pues para su fortuna, contó con la ayuda de su querido gato. Desde entonces el hijo del sultán y la princesa vivieron juntos amándose y procurándose en todo momento, y fueron felices por siempre.

Ratón con ratón

Cerca de un río había un ermitaño que empleaba todo su tiempo en orar, leer los sagrados textos y honrar a Dios día y noche. Diariamente este hombre se bañaba en el río. Una maña-

na, después del acostumbrado baño, un halcón dejó caer un ratoncito que cayó en la espalda del ermitaño. Él lo tomó con cuidado y se lo llevó. Después de utilizar algunos hechizos que conocía, transformó al ratón en una niña pequeña. La condujo a su casa y se la entregó a su esposa. La mujer se alegró mucho porque hasta ese momento no habían podido tener hijos.

Cuando la niña creció, convirtiéndose en una atractiva muchacha, la mujer del ermitaño dijo: —Esposo mío, es conveniente que nuestra hija se case. No hay más alternativa que buscarle un marido—. El hombre respondió: —Lo que dices está contemplado en nuestras leyes y estoy totalmente de acuerdo. Ella ha aprendido todo lo que una joven debe saber: puede cocinar, cuidar la casa, tejer su ropa y muchas otras cosas más. También sabe leer, cantar y sumar. Por lo tanto, el momento de desposarla finalmente ha llegado, pero debemos cerciorarnos de que tenga el mejor de los maridos. Así pues ofrezcámosla en matrimonio al Sol.

El hombre envió un mensaje al Sol y éste se presentó ante él. Le preguntó: —¿Para qué me llamas?— el ermitaño respondió: —Te he llamado para preguntarte si deseas casarte con nuestra hija—. El Sol aceptó emocionado. Entonces el hombre mandó llamar a su hija para preguntarle si quería casarse con el Sol. La chica contestó: —¡No Padre, no quiero! Es demasiado caliente para mí. Por favor encuéntrame un marido mejor que el Sol.

Entonces el ermitaño preguntó al Sol quién podía ser mejor que él. El Sol respondió: —La Nube es mejor que yo, ya que si cubre mi cara, ésta queda oculta del resto del mundo. Poco después la Nube recibió la propuesta. Pero cuando a la muchacha se le preguntó nuevamente si aceptaba casarse con la Nube, la joven replicó: —¡No, no quiero! la Nube es muy oscura, y sobre todo, muy húmeda. No deseo un marido como él.

Debido a lo anterior, el ermitaño preguntó a la Nube quién podía superarla y respondió: —Sin duda, el Viento; él es mejor que yo, porque cuando se enoja y sopla puede arrojarme muy lejos y disolverme.

Así, el ermitaño mandó llamar al Viento y le preguntó si querría desposar a su hija. Pero su hija rehusó totalmente ca-

sarse con el Viento. Dijo: —No quiero casarme con el Viento, ya que nadie sabe con certeza el lugar donde se encuentra. Búscame otro marido que sea mejor que él.

El ermitaño desesperado preguntó al Viento: —¡Ea!, pues ¿quién más podrá ser mejor que tú? El Viento señaló: —Hay alguien, señor. La Montaña es mejor que yo porque aunque sople muy fuerte no puedo derribarla. Por último, el ermitaño preguntó a su hija si aceptaría casarse con la Montaña. Pero una vez más la chica se negó rotundamente: —No padre, porque él tiene corazón de piedra.

Casi sin esperanza, el ermitaño preguntó a la Montaña si podría haber alguien que la sometiera. La Montaña respondió: —El ratón es más poderoso que yo, porque puede excavar en mi cuerpo y hacer agujeros dentro de mí sin que yo pueda detenerlo.

Finalmente el ratón fue convocado, y entonces cuando la muchacha lo miró, le dijo a su padre: —Padre, si me conviertes en ratón aceptaré casarme con él, pues tengo la certeza de que seremos muy felices en nuestro hogar.

Así que el hombre transformó a su hija en ratón y de esta manera se casó con el otro ratón. Y así vivieron muy felices hasta el final de sus días.

Cuentos tomados del libro *Kisanduku cha Dhababu na Hadithi Nyingine* de David E. Diva, East African Literature Bureau, Nairobi, 1956.